

REAL ACADEMIA
DE
CÓRDOBA

COLECCIÓN
T. RAMÍREZ
DE ARELLANO

XI

EL CALLEJERO CORDOBÉS, REFLEJO DE NUESTRA HISTORIA
**2 - CALLEJEANDO POR LOS BARRIOS
DEL CASCO HISTÓRICO**

El callejero cordobés, reflejo de nuestra Historia



2 - Callejeando por los barrios del casco histórico

FRANCISCO SOLANO
MÁRQUEZ
COORDINADOR



INSTITUTO DE
BELLAS LETRAS
REAL ACADEMIA
DE CÓRDOBA
1810

Coordinador
Francisco Solano Márquez

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

2024

2024

Colección *Teodomiro Ramírez de Arellano*

El callejero cordobés,
reflejo de nuestra Historia

2

Callejeando por los barrios del casco histórico

Coordinador:
Francisco Solano Márquez



REAL ACADEMIA
DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS Y NOBLES ARTES
DE CORDOBA

2024

EL CALLEJERO CORDOBÉS, REFLEJO DE NUESTRA HISTORIA
2 / CALLEJEANDO POR LOS BARRIOS DEL CASCO HISTÓRICO
Colección *Teodomiro Ramírez de Arellano*

Coordinador:

Francisco Solano Márquez, académico correspondiente

Portada:

Arco Bajo de la plaza de la Corredera

© Real Academia de Córdoba

© Los Autores

ISBN: 978-84-129784-0-7

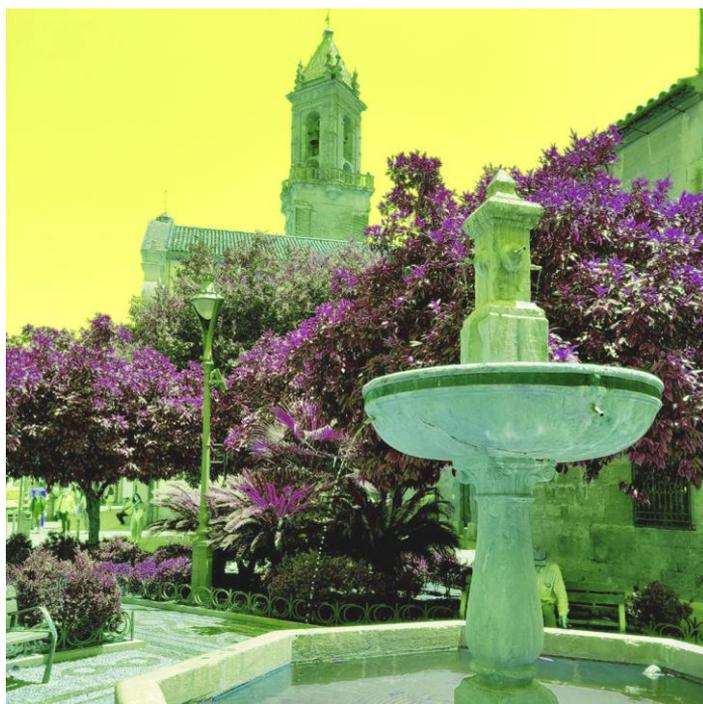
Dep. legal: CO 2208-2024

Impreso en Litopress. edicioneslitopress.com - Córdoba

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación sin permiso escrito del Servicio de Publicaciones de la Real Academia de Córdoba.

El callejero cordobés, reflejo de nuestra Historia

2. Callejando por los barrios del casco histórico



San Andrés-San Pablo, alma de pueblo a un paso de Las Tendillas

ROSA LUQUE REYES*
Académica Correspondiente y Periodista

*Elegida Académica Numeraria el 22 de febrero de 2024.

A pesar del tráfico desbocado, del ruido y de la bulla imparable de gentes apresuradas que animan el Realejo, vía de paso desde la zona de Levante al centro como en tiempos de los romanos, el barrio de San Andrés-San Pablo conserva un aire de pueblo con aroma a tiempo detenido. Un entrañable aire cateto y al mismo tiempo señorial del que no se desprende ni cuando, por su cercanía a las Tendillas –a poco más de cinco minutos andando, eso sí, en agotadora escalada– a algunos vecinos les da por presumir de cierto cosmopolitismo por estar a dos pasos de donde todo se cuece. Y aun así, pasear esta zona de la Ajerquía Norte –que linda con la Magdalena, San Lorenzo, Santa Marina y San Pedro– es adentrarse en la Córdoba auténtica y llena de contrastes.

En ella conviven oficios menestrales con huellas del pasado aristocrático; olores a fritanga con el perfume de las flores procedente de patios archipremiados en el concurso municipal o, en primavera, el azahar de las calles que añade placeres terrestres a la salida o regreso de una procesión. Como se dan la mano en idéntica armonía casas modestas o medio en ruina con otras de noble planta recién remozadas por sus nuevos dueños mirando más a su explotación turística que al legado de los siglos. Y tiendas y tabernas de toda la vida –cada vez menos y a veces con nombres renovados– con iglesias cargadas de historia. Como la parroquia de San Andrés, un histórico templo que, desde que en 2018 el Cabildo Catedral pusiera en marcha la ruta de las iglesias fernandinas, atrae al barrio a visitantes cultos que le dan caché sin quitarle sosiego.

Una iglesia muy transformada



Exterior de la parroquia de San Andrés, que da nombre al barrio, y portada gótica de la iglesia primitiva que se abre a la calle Fernán Pérez de Oliva. (Fotos MC).

Como por algún lado hay que empezar nuestro paseo, detengámonos precisamente en la iglesia de San Andrés, que da nombre al barrio y a la recoleta plaza que se levanta a su lado. La encalada y discreta fachada principal del templo –cerrado a principios del milenio durante una larga temporada para su rehabilitación– se debe a reformas muy posteriores a su primitiva fábrica. Sí se mantiene fiel a su fecha de construcción, 1489, la que en su día fuera portada principal, recayente a la calle Fernán Pérez de Oliva, que luce bellos elementos característicos del último gótico, con la piedra como protagonista al igual que en las otras dos puertas laterales. Este espacio sagrado, que aloja dos populares cofradías, la de la Esperanza y la del Buen Suceso, fue fundado tras la conquista de la ciudad, en el último cuarto del siglo XIII, donde la tradición sitúa la antigua basílica visigoda de San Zoilo.

De su fisonomía medieval apenas queda la capilla del sagrario, pues hasta se produjo con el tiempo un cambio de orientación de las naves hacia el sur y la ampliación del conjunto parroquial, actuaciones que fueron sufragadas en gran medida por el obispo Siuri en el siglo XVIII. La iglesia guarda un notable patrimonio artístico que incluye el imponente retablo trazado por Duque Cornejo, así como pinturas de Antonio del Castillo y Antonio Palomino. En realidad puede decirse que su interior es más barroco que medieval, pues difiere de las otras iglesias fernandinas en que a la tradicional planta basilical de tres na-

ves se le añadió crucero. La misma imagen barroca acusa el exterior de San Andrés que, en palabras de Beatriz Sánchez para el libro *Córdoba patrimonio de la humanidad*, muestra “una portada con arco de acceso de medio punto en el nivel inferior, decorada con molduras muy movidas, jarrones y cornisamento quebrado. Coronando la entrada un cuerpo más pequeño, un vano de medio punto avenerado, en el que se ubica la imagen del santo titular. La fachada remata en un frontón triangular con roleos laterales”.

Claro que en ninguno de estos tecnicismos repara el viandante apresurado, a quien sin embargo no suele pasar desapercibida la esbeltez de la torre. Esta, erigida siendo obispo fray Martín de Córdoba (1578-1581), según acredita su escudo, se eleva como un querido faro de referencia para el vecindario junto a la zigzagueante calleja que, partiendo del lateral izquierdo del templo, desemboca en la calle Gutiérrez de los Ríos desde los años ochenta, cuando el Ayuntamiento decidió derribar varias casas para dar salida al hasta entonces cegado callejón de la torre por esa importante vía. Está realizada en piedra, es de planta cuadrangular con dos cuerpos –el primero rematado por una balaustrada y sobre él un campanario girado 45 grados– y, según los expertos, repite el esquema diseñado por Hernán Ruiz II para la cercana iglesia de San Lorenzo. José María Ortiz Juárez, sabio cordobés ya desaparecido, en su obra *Córdoba en unas notas* define esta atalaya como “de aspecto austero y elegante”. Unas cualidades que destacan en el ceñido horizonte del barrio de día, porque lo que es de noche quedan eclipsadas por una débil iluminación espectral que apenas hace visible la torre.

Pero San Andrés es mucho más que historia, es el latido de una parroquia muy viva, a cuyo frente se encuentra desde hace trece años el sacerdote Pablo Calvo del Pozo. Gracias al dinamismo del cura –hasta físico a pesar de sus impedimentos, pues a todos lados llega en su silla de ruedas motorizada–, a un activo grupo de voluntarios y a las hermandades de la parroquia, esta despliega una labor social que se hizo imprescindible a partir de 2008, en los años de la crisis –y qué años no lo son–. Porque, a juicio del párroco, se trata de un barrio “pobre, con muchos vecinos necesitados”. Si en su día contó con grandes familias de títulos y fortuna, hoy está habitado en buena parte por una clase media venida a menos y por modestos vecinos, ancianos muchos de ellos, que malviven en casas de bajos alquileres a punto de caerse a

pedazos, en vergonzante convivencia con solares llenos de jaramagos de los que sus propietarios parecen no acordarse.

“Aquí los vecinos hacen vida de barrio, se conocen de siempre, aunque desde los años noventa empezó a entrar gente más joven a la llamada de que el casco histórico se estaba repoblando; pero ahora el fenómeno de los apartamentos turísticos y el encarecimiento de las viviendas está vaciándolo de población, se ven muchas casas abandonadas”. Es el lamento de Juan José Giner, exconcejal y actual presidente de la asociación vecinal La Fuenseca, Santa Marina y Orive, nacida de la fusión de varias, quien no obstante matiza que “a pesar de la gentrificación, del abuso del granito en la remodelación de calles y de la necesidad de más árboles que aporten sombra”, la zona mantiene “un pulso potente”.

Un paraíso en mitad de la vorágine

Separado de la iglesia por el arranque de Fernán Pérez de Oliva, en un plácido rincón milagrosamente ajeno al remolino de coches y de gentes que confluye entre esa calle y las de Hermanos López Diéguez, San Pablo y el Realejo —a las que volveremos—, surge un pequeño paraíso que es la quintaesencia de Córdoba: intemporal y sin estridencias ni concesiones a la postmodernidad, de alegría discreta, recogido y sereno como un jardincillo privado, que es a lo que se asemeja, a pesar de que los cuatro bancos de madera que invitan al breve descanso del paseante están ocupados a cualquier hora del día o de la noche. Y no precisamente por aves de paso, o no solo. Según las horas, van cambiando los ocupantes de esos bancos que pisan el bonito enchinado del pavimento y que miran el imparable fluir de los chorros de la fuente, reina de la placita. Por la mañana suelen ser colegiales en excursión, como estos que ahora bromean entre sí con el bocata en una mano y el móvil en la otra; o seniors en ruta de monumentos a quienes se distingue por la guía turística y el botellón de agua que siempre les acompañan.

Por las tardes de buen tiempo el público se hace más popular, vecinas que charlan a la fresca sentadas en esos bancos como podrían haberlo hecho en viejas sillas de anea si todavía se conservaran en los hogares; aunque también han gozado de algún que otro visitante ilustre, atraído por la belleza del entorno y por la amistad, como era el



La fuente y el pequeño jardín que amenizan la plaza de San Andrés –ahora dedicado a Capataces Sáez– se extienden ante la Casa de los Luna. (Foto MC).

caso del gran poeta Pablo García Baena, que disfrutaba compartiendo bancada y conversación chispeante con el dominico Rafael Cantueso y su hermana Conchita, inquilinos hasta su muerte del bloque número 5 de la plaza. Por la noche, antes de que el grupo habitual de indigentes tome el relevo –en invierno se refugiaban en la oficina bancaria que hacía esquina con San Pablo, pero la cerraron–, rondan por allí parejas de enamorados contemplando uno de los espectáculos más hermosos que verse puedan en Córdoba, la luna llena enmarcada entre la torre de la iglesia y una de las esbeltas palmeras que adornan el lugar. Las acompañan naranjos y parterres con plantas que alguna que otra vez han sido objeto de deseo de los amigos de lo ajeno.

“Oasis de sombra” la llamó Mario López. Pero eso sería antes; hoy, si el poeta de Cántico volviera a pasar por la plaza de San Andrés cambiaría lo de “oasis” por “selva”, pues así de salvaje sobrevive este rincón urbano a fuerza de crecer y crecer árboles y setos sin una mala poda municipal. Lo cual es una verdadera lástima, porque tan desmesurado verdor amenaza con hacer invisible el soporte metálico donde reza el nombre actual del lugar: “Jardín Capataces Sáez”, tan perdido entre la vegetación que pocos se han enterado de este nuevo cambio en el callejero.

Esta desatención del Ayuntamiento impide apreciar en condiciones la airosa fuente barroca, capaz de despertar descripciones tan poéticas como la que dejó reflejada el periodista y escritor Francisco Solano Márquez en el libro *Rincones de Córdoba con encanto* –profusamente ilustrado con láminas coleccionables que el diario *Córdoba* fue regalando a sus lectores antes de que el periodismo digital se cargara estos lujos–. “(La fuente) ameniza la plaza con su canción a cuatro voces blancas, entonada por los caños que brotan del altanero pedestal; caen los chorros plateados sobre la taza superior, que a su vez los vierte sobre el pilón octogonal a través de cuatro mascarones leonados”. Y recuerda que “el erudito Orti Belmonte comparaba esta fuente con la del Potro; y es que, salvo el remate, son casi gemelas”. Ese remate en origen fue el escudo de España con el águila imperial, destruida en 1813 por rencor hacia el símbolo napoleónico, un odio ganado a pulso por las tropas francesas en su devastador paso por Córdoba. La fuente se labró en 1664 y estuvo colocada en la desaparecida plaza del Salvador, al final de la calle San Pablo, junto el viejo Ayuntamiento; hasta que se decidió trasladarla aquí justo dos siglos después, en 1861, para sustituir a otra muy pequeña que había ocupado el rincón de tan acogedor espacio.

La Casa de los Luna, joya del Renacimiento

Lo peor de la actual situación de la plaza es que su exuberante vegetación oculta casi por completo una de esas joyas arquitectónicas con que Córdoba sorprende la mirada del paseante. Se trata de la conocida como Casa de los Luna, fechada en 1544 y obra del arquitecto Hernán Ruiz *el Viejo*. Está dotada de una espléndida fachada renacentista, con dos miradores ajimezados, uno encima del otro y en esquina con la calle dedicada al humanista Fernán Pérez de Oliva, por los que bien podría haberse asomado una Julieta requerida por su Romeo. Sobre los sillares de piedra toma protagonismo la portada plateresca, decorada con una guirnalda sobre el dintel y, entre este y la ventana enrejada que lo corona, un escudo nobiliario con las armas de los apellidos Luna, Fernández de Córdoba, Saavedra y Hoces, de acuerdo con la descripción de Juan José Primo Jurado en su libro *Paseando por Córdoba*. Esta bella puerta estuvo reducida hacia principios del siglo XX a una ventana más de la casa, según muestran postales de la época

en las que aparece a su lado izquierdo una modesta entrada que posteriormente se borró.

La casa, a la que se accede por un zaguán con poyos de piedra desde el que se aprecia un aristocrático patio empedrado con chino cordobés, no disimula que vivió tiempos mejores. Y eso que sus últimos propietarios, los hermanos Rafael y Julio Martínez González del Campo, no han olvidado atender su mantenimiento en la medida de lo posible. Pero, como explicaba Rafael a esta periodista en una entrevista para el diario *Córdoba*, “mantener una casa así es muy costoso, y nunca hemos tenido ayuda de nadie”. La adquirió en plena Guerra Civil su tío, el prestigioso orfebre José Miguel González del Campo, muy recordado aún como Pepito el Sevillano (nacido en Cádiz, el salero popular de esta ciudad de plateros le plantó el apodo por ser en Sevilla donde aprendió el oficio). La llegada de la familia al barrio de San Andrés trae a la memoria a otro insigne vecino, el diestro Machaquito, por lo que no nos resistimos a narrarla en palabras de Rafael Martínez. “Había venido (a Córdoba) primero su madre para vivir con su hermana Antonia, casada con Rafael Mesa del Río, administrador del torero Rafael González Madrid –recordaba en la citada conversación periodística–. Y luego tiró de mi tío, que llegó en 1918, con 20 años. Vivían por la Trinidad, allí tenían una pensión (...). Luego Machaco compró una casa aquí al lado, en el número 4 de Fernán Pérez de Oliva, una casa enorme con jardín y corral de gallinas, y mi familia se vino a vivir con él y su mujer”.



Tras la reja de la Casa de los Luna se aprecia el aristocrático patio empedrado con chino cordobés y sembrado de restos arqueológicos. (Foto MC).

En ella montó la platería su tío, todo un personaje pinturero de mil facetas artísticas desde su juventud. Cuando empezó a prosperar buscó una bonita vivienda por las cercanías y la encontró a pocos metros. Se la compró a los hermanos canónigos Galán de Mora –unos de los muchos dueños que ha tenido el edificio en sus cuatro siglos de historia–, quienes la tenían alquilada a varias familias y al ebanista Diego Soto, cuyo taller estaba situado en lo que más tarde volvió a ser el portal de la casona. También Pepito el Sevillano, tras una restauración a fondo del inmueble, montó su propio taller de joyería, del que lo mismo salían deslumbrantes alhajas para las damas cordobesas que pequeños monumentos en plata y oro reclamados desde los más diversos puntos de España y el extranjero. Y, soltero empedernido como era, desde 1940 vivió acompañado de su numerosa parentela hasta su muerte, en 1977.

Sus sobrinos se mantuvieron fieles al negocio familiar hasta los albores del siglo XXI, y a día de hoy aún continúa viviendo en la casa Julio –quien nos recibe hospitalario–, aunque Rafael suele visitarla con frecuencia. La casa de los Luna no es ya ni sombra de lo que fue, pero sus propietarios, con las herramientas del taller acumulando polvo, siguen moviéndose por sus salas, pasillos y patios entre ánforas de Gades (regalo de Alfonso Cruz Conde al tío siendo ya el exalcalde de Córdoba gobernador de Cádiz) y otros vestigios romanos y árabes. Un privilegio al que de momento no piensan renunciar, porque aunque han tenido ofertas de compra, ninguna les ha convencido.

Otras huellas de esplendores pasados

Tabique con tabique, tanto que hubo una época lejana en que las dos casas fueron una, se levanta haciendo rincón en la plaza otra vivienda que, aunque desprovista de la magnificencia de la anterior, no tiene nada que envidiar a muchas casas señoriales de Córdoba. Su blanca y sobria fachada oculta estancias decoradas con curiosas piezas artísticas y sobre todo mucho gusto. El mismo que las hermanas Amparo y Luz Durán –ahora solo esta, tras el fallecimiento de Amparo en 2021– han empleado toda su larga vida al cuidado del patio, un recinto ajardinado donde las flores crecen en sinfónica cadencia con árboles frutales, mientras los pájaros cantan en torno a la fuente de azulejos.



Patio de la antigua casa solariega de los Angulo, cerrado al exterior por un austero muro. (Foto MC).

Justo en la acera de enfrente de la Casa de los Luna se halla otra de ilustre pasado que comúnmente pasa desapercibida. Lógico si se tiene en cuenta que su portalón está casi siempre cerrado, y que su amplia fachada, pintada en color albero y sin más elementos que una pequeña ventana y algunas plantas trepadoras, no llama la atención de nadie. Sin embargo, la Casa de los Angulo, que así se la sigue denominando, fue morada de una de las familias más ilustres de España. Da buena cuenta de ello Teodomiro Ramírez de Arellano, dedicando al linaje una tupida página de sus imprescindibles *Paseos por Córdoba*, que ya estábamos tardando en citar. Posteriormente fue propiedad de otra importante dinastía, la de los Cabrera, emparentados con el marquesado de Villaseca. Los orígenes de esta casa solariega, provista de un adarve en su interior, se remontan a la conquista de Fernando III y, según algunos historiadores, si no luce atributos de nobleza en la puerta es porque en su día los propietarios apoyaron a Enrique de Trastámara contra Pedro I de Castilla, y salieron perdiendo.

Durante muchos años no se vio más vida en ella que a algún operario limpiando el amplio patio apenas separado de la calle por un muro, un espacio desangelado y con una gran escalera metálica al fondo que le resta cualquier encanto. Pero la cosa cambió a raíz de la adquisición del edificio por parte de Víctor Vaggione y Carmen Cristino, con la pretensión de reconvertir el lugar en alojamientos turísticos y sede de una asociación cultural bajo el nombre de La Casa Tomada, inspirado en un cuento de Cortázar, como informaba Rafael Ruiz en el diario *Abc*. Durante la edición de 2022 del Concurso municipal de Patios La

Casa Tomada abrió por vez primera algunas noches al público para ofrecer un espectáculo flamenco aderezado con tapeo y vino de Montilla-Moriles, y así sigue haciéndolo en cuanto llega el buen tiempo.

Habrà que referirse una vez más a la calle Fernán Pérez de Oliva, dedicada al célebre cordobés que estudió en la Sorbona y fue rector de la Universidad de Salamanca en 1529, por creerse que nació en la casa de los González del Campo, hasta el punto de darle nombre durante siglos. Sin embargo, no acaban de casar los datos, pues según se ha visto aquella está fechada en 1544, cuando el tío del también humanista Ambrosio de Morales vino al mundo cincuenta años antes, en 1494. Así que como no sea que naciera en una anterior edificación en el mismo solar no se entiende esta creencia. Es una calle discretamente señorial y de suave curva que une la plaza de San Andrés con Gutiérrez de los Ríos. De ella parten el estrecho pasaje Pintor Bermejo –antigua Almona de Paso– y, justo enfrente de él, la mucho más historiadada calle de los Villalones. A lo largo de los años tuvo otros nombres: calle de Martín de Córdoba y de Siebra. También se llamó del Huerto, según Ramírez de Arellano, quien justifica este último nombre por el que hubo hacia su mediación, “propiedad del Sr. Duque de Hornachuelos, y se dice tradicionalmente que era la casa solariega de los Hoces –añade don Teodomiro–, una de las demolidas de orden del Rey D. Pedro en castigo a los nobles de Córdoba, por haber apoyado la causa de su hermano D. Enrique”.

El Coliseo y el Fuenseca, mucho más que cines de barrio

Justo hacia la mitad de la calle se alza uno de los más cotizados rincones urbanos en las noches estivales, el Coliseo San Andrés. Es el más antiguo de los cuatro cines de verano que sobreviven en Córdoba (los otros son el Fuenseca, el Olimpia y el Delicias) y en toda Andalucía. Pura “arqueología cinematográfica” a la que se debería sacar más partido cultural y turístico del que se obtiene. Así opinaba Martín Cañuelo, gerente hasta su prematuro fallecimiento en la primavera de 2023 de los cuatro locales que ofrecen películas y diversión barata bajo las estrellas. Cañuelo era propietario de todos menos del Coliseo desde que su empresa, Esplendor Cinemas, los adquirió allá por 2015 en subasta tras ser embargados a Arenal 2000, la sociedad de Rafael Gómez. Si no se había hecho aún con el Coliseo, confesaba el empre-

sario, era “por el alto precio que supondría su compra y rehabilitación, que en todo caso nos aconseja planteárnoslo despacio, por fases”.



Fachada del edificio de viviendas de Fernán Pérez de Oliva 6, cuyo patio se transforma los veranos en el cine Coliseo San Andrés. (Foto MC).

El Coliseo San Andrés empezó a funcionar en 1935 por iniciativa de Antonio Cabrera, que lo estrenó con el melodrama *Sor Angélica*, una cinta que el año anterior había tenido un enorme éxito nacional y que curiosamente estuvo durante décadas perdida hasta que la recuperó en 2017 la Filmoteca Española. Desde el momento de su estreno, y sin más interrupciones que en 1937 por culpa de la Guerra Civil y en 2020 por la pandemia del covid-19, cientos de miles de cordobeses y algunos visitantes –cada vez más, por su difusión en guías e internet– han disfrutado de este espacio abierto y rodeado de palmeras y otros árboles que le aportan frescor y belleza. Es como una gran plaza interior de forma pentagonal, provista de ambigú bien surtido de bebidas, bocadillos a la plancha y bolsitas de pipas y altramuces. Como los demás cines al aire libre, pero con ciertas peculiaridades respecto a los otros.

Una de ellas es figurar en el Catálogo municipal de Bienes Inmuebles protegidos por su “singularidad”; otra, que durante las funciones puede verse asomados a balcones y ventanas a inquilinos de los doce pisos –ahora habitados solo tres– que dan a la explanada terriza. Y otra es que el Coliseo fue concebido por la empresa Cabrera S.A. –que en los años ochenta del pasado siglo lo vendió a la inmobiliaria Coin-

go S.L.– como “el mejor local de verano de Andalucía” según la publicidad de la época; y como tal no se conformó con proyectar películas sino que lo dotó de un escenario encajado en el muro derecho. Permanece en ruinoso olvido desde hace mucho tiempo, pero en su época dorada, entre los años cuarenta a sesenta, acogió a glorias del flamenco como Antonio Molina, Manolo Caracol, la Niña de la Puebla y Fosforito entre otras muchas estrellas del espectáculo.



Plaza de la Fuenseca, con la breve fachada del cine de igual nombre y la fuente de 1808, rematada por una estatua de San Rafael. (Foto R. Luque).

Más suerte ha tenido en este sentido el cine Fuenseca, situado en la plaza del mismo nombre, ensanche de la calle dedicada al poeta cordobés del XVII Juan Rufo y próxima a la de Alfaros, por tanto casi rozando el límite de nuestro barrio con el de Santa Marina. Este espacio de 1.300 metros cuadrados que fue huerto y jardín de las casas del conde de Arenales –al que se dedica la calle situada a su costado izquierdo, junto a las callejas de Santa Marta– acoge durante todo el año actos culturales y sociales que contribuyen a dar vida a esta zona de la Ajerquía Norte. Perteneciente en los cincuenta a la empresa Lam, al comprarlo Esplendor Cinemas fue objeto de una profunda intervención. Por lo que toca al aspecto puramente cinematográfico, en este como en los demás cines de verano se pasó al proyector digital y se renovó la cabina. Además se sacó prácticamente de la ruina el emblemático edificio en el que se ubica el cine, al rehabilitarse la pared sobre la que está adosada la hermosa fuente de la plaza y el torreón, el mismo que tantas veces plasmara, Julio Romero de Torres en los fondos de sus cuadros.

Pero el cine Fuenseca, que por su cercanía a la zona centro suele tener un público más especializado y quizá menos popular que los otros, encierra otro tesoro antiguo y es la nave de 300 metros cuadrados que se oculta detrás de la pantalla, lindando con el convento de Santa Marta. Cuenta Cañuelo que fue el primer almacén de productos agropecuarios que tuvo el industrial Antonio Carbonell tras llegar a Córdoba en 1866 desde Alcoy, estableciendo su vivienda al lado, en la ya citada del conde de Arenales. El empresario de cine quiso convertir esa nave –cuyo suelo abriga once depósitos de obra alicatados con azulejo blanco, donde se guardaba el aceite– en un espacio cultural polivalente, pero la Gerencia de Urbanismo no se lo permitió.

El Palacio de Orive, de la leyenda a la gestión cultural

Desde el Coliseo damos unos pasos de retorno y nos adentramos en la calle Villalones, corta, blanca y con ese tranquilo toque de distinción tan propio de Córdoba, donde puede hallarse la belleza serena a pocos metros del ruido. Aunque no debió de ser tan sosegada allá por los oscuros años de la postguerra. Según recuerdan los González del Campo –Julio entra y sale de su casa por aquí, a donde da la fachada trasera del edificio renacentista– en esta calle estaba el dispensario Azúa, al que dos veces por semana tenían que acudir para pasar reconocimiento “las señoritas de mal vivir”, que es como se llamaba a las prostitutas en el lenguaje hipócrita de la época. “Disponía de un médico, don Bernabé Jiménez, un practicante y un guardia de asalto, que era quien conducía al hospital a la que tuviera una enfermedad venérea”, dice Rafael.

La calle Villalones desemboca en la recoleta plazuela de Orive, con salida a la calle San Pablo y sus bullicios. Por eso si el apresurado viandante pasa de primeras por esta confluencia viaria y se le ocurre torcer la mirada hacia la plaza, la sorpresa que se lleva es mayúscula: ante su vista aparece la imponente fachada del palacio que le da nombre, considerada el más armonioso ejemplo de la arquitectura civil cordobesa del Renacimiento. A principios del siglo pasado el edificio recibió una profunda transformación, supervisada por el arquitecto regionalista Aníbal González, que por suerte no hizo mella en su esencia.

Es también llamado Palacio de los Villalones, ya que ambos apellidos se unieron en Alonso de Orive y Villalón, Caballero de Alcántara,

a quien hacia principios del siglo XVIII pertenecía el edificio. Este, trazado en 1560 por Hernán Ruiz II sobre una vivienda más modesta de estilo mudéjar, fue declarado Bien de Interés Cultural en la categoría de Monumento en 2002. Por entonces concluía la remodelación llevada a cabo durante cuatro años por varias escuelas-taller a raíz de su adquisición en 1992 por el Ayuntamiento, siendo alcalde Herminio Trigo. Quedó sin restaurar el ala sureste, que incluye el torreón, y en abril de 2021 se anunciaba su rehabilitación para ampliar las dependencias municipales. En ellas se ubican las áreas de Cultura y de Fiestas, pero sus nobles paredes y los dos patios han tenido otros muchos usos a lo largo de los siglos, aparte del de morada principal. Según la Wikipedia, que resume otras muchas fuentes, durante la Guerra de la Independencia (1808-14), las fuerzas napoleónicas plantaron en la casona un cuartel y una prisión; hacia mediados del siglo XIX albergó el servicio de Correos; en 1896 fue Escuela de Artes y Oficios, luego atarazana municipal y colegio francés.



Exterior del palacio de Orive o de los Villalones, cuya fachada plateresca es alabada “por su calidad compositiva y decorativa”. (Foto MC).

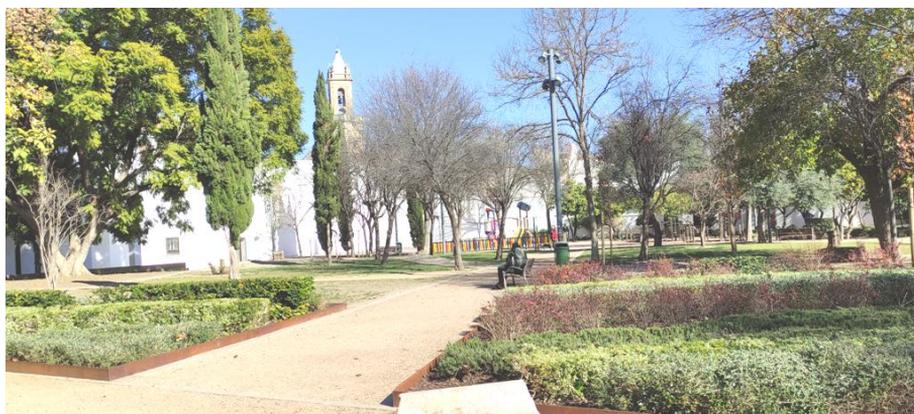
Siguiendo la descripción de Clemente M. López Jiménez en la colección de libros *Córdoba Capital*, entre los elementos de la fachada plateresca (“el ejemplo más espectacular y bello por su calidad compositiva y decorativa de todos los ejecutados durante el Quinientos”) destaca la puerta principal entre columnas acanaladas de capitel dórico sobre basamento cajeadado. Y, sobre ellas, unas acróteras que dan paso al segundo cuerpo, donde se abre la ventana principal realizada a mo-

do de templete clásico y decorada con motivos de *candelieri*. Por su reja se descuelgan ahora plantas de flor blanca que dan vida a la piedra caliza que las rodea. En el tercer cuerpo se instala sobre un antepecho con decoración de espirales un espléndido mirador en el que suelen refugiarse las palomas. Está dotado de ocho arcadas, dos de las cuales, dándose la vuelta airoosamente, se asoman a la calle Villalones, y otras tres a la parte de atrás.

Sobre la puerta, el dintel se decora con un medallón en el que destaca la figura misteriosa de una joven que sostiene una cinta entre sus brazos abiertos. La imaginación popular la asocia a la leyenda que aún sobrevuela el palacio, hasta el punto de que muchos lo conocen como la Casa de la Encantada, objeto de fabulación infantil en el barrio de generación en generación. Dando carta de naturaleza al cuento, lo recoge Ramírez de Arellano en sus *Paseos* decimonónicos, y desde entonces la fábula no ha hecho más que crecer. Resumiendo el relato, que transcurre a finales del siglo XVII, todo comenzó con el altivo corregidor don Carlos de Ucel y Guimbarda, viudo que habitaba la casa pendiente de su hija Blanca, a la que, visitando ambos la feria de la Fuensanta, impidió que se le acercara una gitana y la mujer, desairada, les echó una maldición. Y así fue como, transcurridos unos años, se desató la tragedia.

Una noche llegaron unos judíos al palacio del corregidor pidiendo alojamiento, y este les permitió dormir en el amplio zaguán; pero en vez de descansar entonaron una salmodia a la luz de una vela y el suelo se abrió, surgiendo una escalera por la que bajaron los hebreos. Al cabo de un rato regresaron con un cofre lleno de joyas y acompañados de un pálido doncel, al que hicieron descender de nuevo a las tinieblas antes de devolver la normalidad al portal y despedirse por la mañana de su anfitrión. Aquel ajeteo nocturno había sido presenciado a través de una cerradura por la muchacha y su ama, y, llegada la siguiente noche, juntas recogieron los restos de cera, rezaron y la tierra volvió a abrirse. Las dos bajaron al subsuelo pero ni encontraron tesoro alguno ni al muchacho; y el hechizo duró tan poco que solo a la sirvienta le dio tiempo de subir. Por más que el padre removió los cimientos del palacio para hallarla, nunca más se supo de Blanca, de quien dicen que de noche se pasea como alma en pena por la casa desgarrada en lamentos.

Un jardín sobre restos arqueológicos



Vista del Jardín de Orive, bajo cuya variedad vegetal una excavación arqueológica identificó restos del circo romano de Corduba. (Foto MC).

Cuando el Ayuntamiento compró el Palacio de Orive no iba solo, lo acompañaba un magnífico extra, el jardín del que estaba dotada la casa. Más de 7.000 metros cuadrados de terreno arrancado al antiguo convento dominico de San Pablo cuando la desamortización de Mendizábal. Una superficie arbolada a la que se unieron otros cuatro mil metros cuadrados que hasta 1992 habían sido huerto de los frailes. La idea, que por una vez cuajó felizmente en esta ciudad de grandes proyectos frustrados, era dotar de una zona verde al barrio de San Andrés, carente de ella como de otros servicios públicos –parece que la municipalidad, por su proximidad al centro, considera que no los necesita-. Y para ello se puso paulatinamente en marcha una de las más sobresalientes actuaciones desarrolladas en el casco histórico a través del denominado Plan Especial de la Manzana de San Pablo, que en junio de 2022 acometía su quinta fase.

Pero lo primero que se hizo, para corroborar las expectativas aportadas por los historiadores, fue emprender una excavación arqueológica que dio fe de que allí estuvo el primer circo romano de la entonces capital de la Bética. La relevancia de esta parte de la colonia patricia vino determinada, en palabras de Desiderio Vaquerizo, por el hecho de que por aquí entraba la Vía Augusta, que llevaba y traía de Roma. “De ahí la importancia que con el tiempo se daría a la fachada oriental construyendo la escenografía colosal del entorno del templo de la calle

Claudio Marcelo”, explicaba el catedrático de Arqueología de la UCO a la periodista Teresa Muñiz en un reportaje del diario *Córdoba*. A principios del siglo I d.C. la ciudad decide crear una fachada monumental, “un paisaje cultural” que diera testimonio de la plena adscripción de Córdoba a la causa imperial.

Para ello “desmonta unos cien metros de la muralla y construye la gran plaza pública” junto al templo, más o menos por donde se alza la sede del Ayuntamiento en la calle Capitulares, además de otra plaza intermedia y por último el circo, ubicado en el espacio que hay entre San Pablo y San Andrés. Su construcción hizo necesario desplazar parte de la Vía Augusta –de la que aún quedan restos en las calles San Pablo y Muñices–, jalonada con monumentos funerarios. El circo desapareció a finales del siglo II, y el entorno volvió a rendir memoria a los muertos. En época musulmana, de donde proviene el nombre de Ajerquía (de hecho Capitulares, antes Marmolillos, marcaba la división entre esta y la Medina), la zona se convirtió en uno de los arrabales de Córdoba, un enclave residencial situado fuera de la ciudad amurallada del que quedan restos de casas almohades con decoración mural.



Interior de la Sala Orive, multifuncional espacio cultural creado por el Ayuntamiento a partir de la Sala Capitular del convento de San Pablo, inacabada obra renacentista de Hernán Ruiz III. (Foto MC).

Ninguna de estas huellas arqueológicas es visible, pues se prefirió devolverlas a la tierra para preservarlas –aunque fórmulas hay de sobra para conciliar el pasado con el presente–. A cambio, se restauró con buen gusto y casi un millón de euros la joya arquitectónica que

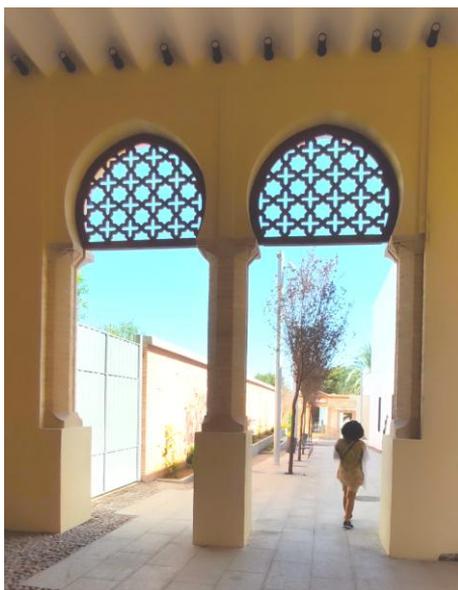
brilla en este elegante parque de múltiples especies vegetales, descrito por Francisco Solano Márquez en uno de sus artículos del diario *Córdoba* como “un pequeño jardín botánico”. Nos referimos a la antigua Sala Capitular del convento, un edificio de 620 metros cuadrados que linda con el jardín por su lateral oeste. Es una obra inacabada del tercer Hernán Ruiz que cuatro siglos después, gracias a la restauración proyectada por Francisco Gómez Díaz –con la que obtuvo el Premio Félix Hernández en 2012– es hoy la Sala Orive, un multifuncional espacio dedicado a la cultura a través de conciertos, exposiciones y conferencias. La intervención, culminada en 2008, fue tan respetuosa con la construcción original que incluso se dejó la grieta causada en la pared principal por el terremoto de Lisboa, así como los peculiares huecos o mechinales en los muros de ladrillo visto. La Sala Capitular carecía de techo, y para subsanar esta falta se colocó una estructura metálica de casetones de cristal traslúcido a modo de gran linterna de luz que aísla de la intemperie. Pegado a ella se levantó otro edificio de una sola planta, de líneas minimalistas y con mucho vidrio, concebido como zona de servicios y entrada al histórico recinto rescatado de la ruina en beneficio de la cultura.

Aires nuevos para la ‘Manzana de San Pablo’

El proyecto integral de la Manzana de San Pablo, firmado por los arquitectos Gabriel Ruiz Cabrero y Jorge Silvetti y recogido en un plan especial aprobado en 1999, era mucho más ambicioso. No solo pretendía dotar a esta céntrica zona de unos bonitos jardines a la vez que se salvaba del olvido un edificio desconocido por la ciudadanía. Se trataba y se trata, pues el plan aún no ha concluido, de la “recualificación urbana” de un sector que, tal como definía Rafael Ruiz en el diario *Abc*, “queda delimitado por calles centrales de la ciudad medieval como la plaza del Salvador, la puerta del Hierro (situada, añado yo, en la confluencia de las calles Capitulares, San Pablo, Alfaro y Alfonso XIII, en el lienzo de muralla romana que separaba la Villa de la Ajerquía), el reciclado de la Vía Augusta (actual eje San Pablo-Realejo), Espartería, Almonas y Marmolejos”. “La actual configuración –concluye el periodista– es un eco de muchas épocas aunque bebe de las obras de urbanización del siglo XIV cuando la zona recibió el nombre de Barrionuevo”.

El jardín tenía un problema de accesos que quedó definitivamente solucionado en 2023. Inicialmente sólo contaba con la entrada desde la plaza de Orive, a través de una cancela que no se ha quitado aunque suele permanecer abierta hasta bien entrada la noche. Da paso a un patio empedrado, con fuente de azulejos granates adosada al muro y un alto ciprés que confiere sobriedad a un rincón tan recoleto y bello que cuesta creer que sea lo que es, un lugar de paso. La nueva ordenación dispuso que en una fase inicial había que convertir en jardín el huerto de naranjos del palacio y abrirlo a la ciudad en un eje norte-sur y otro este-oeste. El primero, que acorta el camino entre San Pablo y la Corredera, se trazó en 2004 con entradas y salidas por Orive y Pedro López. Es esta una calle linajuda y de acusada pendiente, conocida también por su viejo nombre de Carreteras. Une Gutiérrez de los Ríos –a la que regresaremos más adelante– con la Espartería, y en ella estuvieron las Casas Consistoriales, que en su origen formaban parte del Colegio de San Pablo, y la Tabacalera.

Siguiendo la exhaustiva información aportada por Isabel Leña en el periódico *Córdoba*, la segunda fase, la conexión este-oeste, se inició en 2009 e incluía las expropiaciones del Callejón del Galápagos. Es una curiosa calleja escalonada que, con entrada por Capitulares, muestra en su descenso una bella arquería renacentista, desembocando en el edificio que albergó la Diputación y la Biblioteca Provincial, hoy Delegación de Cultura de la Junta. Se habría de expropiar también parte de los jardines y del patio de los claretianos, una parcela del Huerto de San Pablo, otra medianera, y el espacio ocupado por el cine Coliseo –esto último está aparcado, pues sería una medida muy impopular– para lograr salida a Fernán Pérez de Oliva. La tercera fase se centró



Tramo del Callejón del Galápagos, recientemente recuperado, que comunica la calle Capitulares con el jardín de Orive. (Foto MC).

en la citada conexión sur de la Manzana de San Pablo y se ejecutó entre 2010 y 2011. La intervención consistió en desarrollar los elementos necesarios para unir con rampas y escaleras el jardín con el patio de los claretianos, que está a una cota superior. La cuarta fase, en 2010, abarcó la restauración del arco de entrada sur al jardín y la reconstrucción del cerramiento.

La quinta y última fase, iniciada en el verano de 2022, concluyó un año más tarde. Consistió en la conexión occidental del jardín, uniendo Capitulares y Orive. En los trabajos se han hallado una alberca omeya y una serliana del siglo XVI, es decir, un recurso arquitectónico que combina arcos de medio punto con vanos adintelados. Dicha conexión se llevó a cabo a través de la servidumbre de paso lograda mediante la expropiación de 700 metros cuadrados de suelo del convento más un solar municipal junto a la Delegación de Cultura, antes usado como aparcamiento por los concejales, de algo más de 1.000 metros cuadrados.

El Ayuntamiento adjudicó a la empresa Construcciones Glesa por 458.544 euros los trabajos, que han dado vida a la primera calle peatonal *verde* de Córdoba, ya que el nuevo recorrido cuenta con vegetación y arboleda que le dan mucho encanto. La iluminación se logró a base de columnas de proyectores de luces de bajo consumo y direccionables, de forma que quedan iluminadas las fachadas del Palacio de Orive, de la Sala Capitular y del convento.

Capitulares, entre frailes y munícipes

Del primitivo convento de San Pablo, uno de los cinco que el rey Fernando III mandó construir en la ciudad para apoyar la evangelización de la Reconquista, solo pervive su magnífica iglesia, aunque muy reformada. Y es que tanto esta como el monasterio fundado por la orden dominica, según cuenta la tradición, el 29 de junio de 1236, festividad de los santos Pedro y Pablo, sufrieron en el siglo XIX el azote de la desamortización. De modo que los misioneros claretianos, congregación que les devolvió la vida a partir de 1897 por iniciativa del Padre Pueyo, habitan un espacio mucho más reducido que el original. La iglesia, levantada entre el último tercio del siglo XIII y finales del XV sobre una antigua basílica visigoda, es de estilo gótico de transición y cisterciense, tiene triple ábside y tres naves de piedra desnu-

da, la central cubierta por un bello artesonado decorado con lacería mudéjar.

Fue enterramiento de importantes linajes cordobeses, y en una de sus artísticas capillas, llamada de Nuestra Señora del Rosario, yace desde 1430 Leonor López de Córdoba, consejera de Catalina de Lancaster y escritora a la que se deben unas de las primeras memorias de la literatura española. Desde 1961 hasta 2010 la iglesia albergó el venerado grupo escultórico de la Virgen de las Angustias con su hijo muerto en brazos, obra de Juan de Mesa, que volvió a la iglesia conventual de San Agustín, para la que fue concluida en 1627, una vez salvado de los escombros y reabierto el templo tras un largo olvido.



La peatonal calle Capitulares, con la portada exterior de la iglesia de San Pablo, cuyo estilo barroco no concuerda con la arquitectura gótica del templo. (Foto MC).

La fachada principal de San Pablo recae a la antigua plaza del Salvador, hoy Capitulares –calle perteneciente en parte al barrio de la Compañía–, y presenta la peculiaridad de no ser una sino dos. En la que da acceso a la iglesia a través de un arco de medio punto, muy transformada durante el siglo XVI, llama la atención un enorme rosetón añadido muy posteriormente, pues del original solo quedan las bocinas que lo enmarcaban. Y ante esta portada, separadas ambas por un recogido compás que se asoma al exterior por una verja, luce en Capitulares una fachada del siglo XVIII. Destacan en ella las columnas salomónicas que jalonan el arco de entrada en mármol gris, sobre el que reposa una hornacina con el santo titular.

Justo delante de esta portada barroca y del claustro que invitan a la serenidad de ánimo, se despliega el incesante ir y venir ciudadano a la sede del Ayuntamiento. Fue inaugurada en febrero de 1985, siendo alcalde Julio Anguita, con sello del arquitecto José Rebollo Dicenta. De diseño “postmoderno” según fue calificado en medio de cierta

polémica –como toda obra pública proyectada en la ciudad–, el edificio, situado entre el Templo Romano y la calle Alfonso XIII, se levanta sobre el solar ocupado por las viejas Casas Consistoriales desde fines del siglo XVI hasta los años sesenta del XX. Por entonces el gobierno municipal se traslada provisionalmente a Pedro López, si bien la provisionalidad durará veinte años.

Ya sea paseando, ya de descanso en uno de los curiosos bancos –mitad piedra, mitad madera– o veladores instalados en Capitulares desde que la vía se hizo peatonal hace pocos años, uno puede llevarse la grata sorpresa de escuchar un delicado tintineo que lo mismo desgrana melodías sacras que profanas. Proviene del carillón de 32 campanillas de San Pablo, adquirido en 1900 por el Padre Pueyo; un delicioso artilugio musical que, considerado uno de los mejores carillones de España, fue recuperado en 1998 gracias a la ayuda institucional tras más de treinta años de silencio.

Después de recrear el oído, dejamos a la izquierda Alfaros –antigua Carnicerías, por las que había en esta calle cuya espina dorsal es la muralla romana– y bajamos por la cuesta de San Pablo, donde aún perviven negocios de artesanía en locales arrendados desde antiguo por los frailes como fuente de ingresos. Un poco más abajo, es el sentido del olfato el que se deleita con olor a pan recién horneado en La Catalana, obrador de referencia en el barrio tanto por su buen hacer como por la generosidad de María, la dueña, ya fallecida, que tantas bocas menesterosas alimentó sin cobrar un céntimo. En esa misma acera perviven varias casas importantes que dan idea de que fue calle principal –Vía Augusta de los romanos como ya se dijo– y del abandono actual, pues llevan tiempo deshabitadas y en ruinas. Para una de ellas, en el número 24, cambiará la suerte, porque se proyecta abrir allí un hotel de cuatro estrellas con vistas traseras al jardín de Orive.

Callejas de Santa Marta: ascetismo, arte y latidos de pueblo

Cruzando a la otra acera, dejamos atrás el guirigay del tráfico –no por restringido con cámaras de control de acceso menos atronador– y nos adentramos en las silentes y empedradas callejas de Santa Marta (Pedro Fernández, Beatas, Cidros, Conde de Arenales, plazuela del Marqués de Hinojares...). Un pequeño laberinto de casas blancas a cuyas puertas las mujeres charlan en la mañana mientras pasan la fre-

gona a su trozo de acera. La calle principal de este espejismo de pueblo en el corazón urbano, la que da nombre al dédalo de callejuelas, tiene forma de una ‘U’ ocupada por el convento de Santa Marta. Estamos ante una joya arquitectónica con notables testimonios mudéjares oculta tras una sobria fachada de cal en la que destacan dos grandes azulejos: uno alusivo a la santa y otro con el que la Hermandad de la Misericordia agradece a las monjas jerónimas la acogida que entre 1985 y 1998 dieron a sus imágenes del Cristo de esta advocación y la Virgen de las Lágrimas.



Patio del convento de Santa Marta, al que se asoma la portada gótica de la iglesia, obra de Hernán Ruiz I. (Foto MC).

Tras la puerta aguarda un agradable compás con aroma a patio de vecinos, hasta el punto de que desde 2020 participa en el concurso municipal, con gran eco popular por cierto. Pero lo que primero atrae la mirada del visitante es la imponente portada de la iglesia conventual, fechada en 1511. Debida a Hernán Ruiz I, está precedida de un pequeño pórtico y es considerada uno de los ejemplos más significativos del gótico humanista en la ciudad. Dentro de este templo de principios del siglo XVI, el retablo mayor, obra del escultor Andrés de Ocampo con pinturas de Baltasar del Águila, se erige en el principal motivo ornamental de la única nave. Bajo su cubierta abovedada de crucería, numerosos fieles se congregan cada domingo a la una para la misa del sacerdote y periodista Antonio Gil.

Pero Santa Marta esconde muchos más tesoros. Fundado a mediados del siglo XV a partir de un beaterio establecido en el Corral de los Cárdenas, luego ampliado con la llamada Casa del Agua y otras viviendas, el convento alberga notables piezas artísticas tanto de época

medieval como posteriores, además de varios claustros. El principal, llamado del Cinamomo por el árbol que en él se eleva, tiene dos plantas de arquerías sobre columnas de acarreo. A él se accede –por ejemplo el Domingo de Ramos, porque allí se bendicen las palmas que portan los fieles– desde una galería a través de un arco angrelado ricamente ornamentado por ambos lados con ataurique y decoración epigráfica que recuerda a un palacio moruno.

De tabernas y patios

Conforme salimos del sacro lugar, tirando hacia la derecha por la calle Santa Marta desembocamos en la ya mencionada plaza de la Fuenseca, con su bellísima fuente de cuatro caños fechada en 1808 y rematada por una estatua de San Rafael entre farolillos. La cruzamos y, ya Juan Rufo abajo, existe una parada obligada para los amantes de las esencias cordobesas. Se trata de la centenaria taberna La Fuenseca que, con ese sabor taurino y flamenco –se hospeda aquí la peña Merengue de Córdoba– perpetuado en multitud de fotos y reliquias, su buen vino y una clientela incondicional a la que últimamente se suman artistas plásticos, ha sabido conservar milagrosamente los aires de viejos tiempos, mientras otras cercanas iban siendo sustituidas por bares desangelados.

Y es que esta casa, antaño capilla real donde oraron Isabel y Fernando, según le contó a Manuel López Alejandre su antiguo dueño, Emilio Álvarez, en el libro *De tabernas por Córdoba*, responde a la más genuina tradición de estos lugares de encuentro senequista (pocas palabras pero bien soltadas). Esa que tan bien describe el poeta Mariano Roldán: “A la taberna de Córdoba no se va solo a beber, sino a convivir. El vino, los excelentísimos caldos maternos, ponen el incentivo, el pretexto. Más tarde se instala la palabra, como base de la confraternización dialogante facilitada por el vino. Ágora, sí, la taberna cordobesa, que solo encuentra rival condigno en ese otro centro de humanidad que es el patio”.

Y vamos de taberna en taberna y de patio en patio. Pero pasito a paso. Tras rodear la esquina de Juan Rufo con Enrique Redel, donde una losa señala el edificio en que vivió hasta su muerte en 1989 el gran imaginero Juan Martínez Cerrillo, recreamos la vista con la llamativa fachada en azulejo vidriado de la llamada coloquialmente “ca-



La calle Rejas de Don Gome brinda la contemplación exterior de uno de los patios del Palacio de Viana, bautizado precisamente como de las Rejas. (Foto MC).

sa árabe”, horno de pan y dulces, para luego cruzar la calle y emprender la de Rejas de Don Gome. Lo de Rejas alude a las tres que pueden admirarse en su acera septentrional, a la altura del cruce con Muñoz Capilla, que permiten al pueblo llano contemplar uno de los trece patios señoriales del Palacio de Viana, cuidado verdor revestido de elegancia. Dejamos a la derecha el coqueto ensanche de la antigua calle del Pozo de Dos Bocas, en cuyo rincón, entre naranjos, luce la escultura metálica donada por Salvador Morera dedicada a la Paz, repuesta en su pedestal tras ser derribada por un camión. El artista tuvo justo enfrente su casa-museo, hoy publicitada como Casa Azul por el color de su puerta y ventanas y destinada a actividades socioculturales.

Tanto Muñoz Capilla como Parras e Hinojo son calles estrechas y empedradas que, paralelas, acaban en Arroyo de San Andrés. Recibe esta denominación desde hace siglos por el que partiendo del Colodro desviaba su trayectoria norte-sur a la altura de la desaparecida plazuela de la Laguna –coincidente en parte con la actual Hermanos López Diéguez–. Después fluía hasta San Lorenzo, convirtiendo la zona en un auténtico cenagal del que incluso daba cuenta desde el siglo XV el rótulo de otra calle adyacente, la del Lodo. Rebautizada desde hace décadas como Isaac Peral, los más veteranos del barrio continúan citándola por su viejo nombre deformado a la cordobesa: la calle del *Loo*. Suena de modo bastante plebeyo, lo que no quita para que acoja, además de la sede de la Agrupación de Cofradías –donde estuvo una de las primeras oficinas del Monte de Piedad–, dos señaladas casas solariegas del siglo XVI. La del número 3 de la calle, allanada por

okupas durante un lustro, se ha reconvertido en hospedería de lujo bajo el rimbombante título de Palacete del Águila.



Plazuela de las Beatillas, en la que Ricardo Molina apreció poesía y ángel “en su breve y castizo encanto”. (Foto MC).

Las Rejas de Don Gome nos conducen a la plaza de las Beatillas, pegada a la mucho más grande e historizada de San Agustín, que ya es otro barrio. De esta frontera invisible, así bautizada por un beaterio existente allí desde el siglo XV, dejó escrito Ricardo Molina, cofundador del Grupo Cántico, que “en su breve y castizo ámbito hay más poesía y más ángel que en amplios y pretenciosos espacios”. Y añadió que “la plazuela pequeña, humilde, modesta, trasmina encanto en su parquedad. El fresco y limpio encanto de un tiesto de albahaca”. Sus escasas dimensiones dejan sitio para una farmacia, una librería que es a la vez editorial, Utopía Libros, el bar Gamboa y la famosa taberna Rincón de las Beatillas. Fundada en 1940, está considerada un santuario de la buena cocina tradicional. Y los reservados, a los que se accede por un patio con mesas cubiertas de mármol blanco, dan cabida a dos peñas, la dedicada al torero Chiquilín y la peña Fosforito, concebida como aula flamenca en honor del cantaor pontanés.

Las Beatillas reservan otra sorpresa al que viene de fuera por mayo, cuando el concurso municipal: un bonito patio que comparte casa con la tienda de libros. No da a la placita sino a la calle Ocaña, que une las Beatillas con Buen Suceso –paso intermedio entre Arroyo de San Andrés y Arroyo de San Rafael–. En Buen Suceso, a pocos metros de la bodega El Gallo, se halla la residencia de ancianos de las hermanas hospitalarias franciscanas, encargadas también del colegio Jesús Nazareno, situado a su espalda, en la calle del mismo nombre y frente a la plaza del Padre Cristóbal. Y si vamos de patios bueno será que desan-

demos brevemente las Rejas de Don Gome para volver a la calle Parras, pues en ella han sido nada menos que tres los recintos premiados a lo largo de muchas ediciones: los de las casas número 5, retirada desde 2022 del certamen, y la 8, ambos de arquitectura moderna, y el de la 6. Esta vivienda unifamiliar suma a la cuidada variedad floral de su patio el hecho, destacado con un mosaico en la blanca fachada, de haber visto nacer en 1921 a Pablo García Baena, Príncipe de Asturias de Poesía, que aprendió sus primeras letras en el cercano grupo escolar López Diéguez.

El Realejo, aristocracia popular en el corazón comercial del barrio

Desde Parras cruzamos en línea recta a la calle Manchado, con su fuentecilla de piedra color de albero adosada al lateral del colegio. Paralela a Isaac Peral, a esta calle dan las traseras de las antiguas casonas mencionadas al hablar de aquella. Aunque quizás lo más destacable de esta austera vía de paso sea su desembocadura, pues nos adentra en el Realejo, eje comercial que desde siempre viene marcando el latido sociológico de San Andrés. Plaza y calle, entre las que a decir verdad no se distingue límite ni diferencias, el Realejo discurre como un río de aguas caudalosas –en un incesante fluir de gentes, coches y autobuses– entre la plaza de San Andrés y la confluencia de tres calles: Muñices, Abéjar y Santa María de Gracia; y es esta encrucijada la que propiamente lleva el rótulo de plaza aunque no lo parezca.

El Realejo no es un espacio extenso, pero sí bien aprovechado. En él perviven establecimientos de toda la vida como el estanco, aunque cambiado de lugar y remozado; las dos farmacias o los restos del viejo esplendor tabernario, hoy resistente en el bar-churrería Santi, antigua Casa Castillo, tras pasar a la historia tabernas como Novella o Muñices y ser sustituidas por establecimientos más impersonales. Y junto a lo clásico, que incluía confiterías tan recordadas como San Rafael, El Realejo (La Casa de las Tartas) y Kany –donde hoy está la pastelería Roldán–, otros muchos locales de oferta variada que abren y cierran cada dos por tres, cambiando su mercancía según las modas de turno. Entre todos configuran un universo con sello propio, bullanguero y colorista, en el que conviven plateros y flamencos con los modernos que buscan cortes de pelo imposibles en la barbería franquiciada. A la



El Realejo, un espacio bien aprovechado por los negocios, constituye un universo con sello propio, bullanguero y colorista. (Foto MC).

vez que se conjuga el alma castiza de las charlas de balcón a balcón con cierto desdén vecinal, tan cordobés, hacia quien va y viene sin pertenecer al barrio.

En el fondo no es sino una especie de aristocracia popular, una sutil herencia genética que se remonta a los orígenes del Realejo, llamado así según las viejas crónicas por haber sido real asentamiento de ilustres visitas a la ciudad, amén de las tropas, cuando la Reconquista –y después, dada su proximidad al Palacio de Viana–. Sin embargo, José Manuel Escobar asocia más el nombre con la actividad económica desarrollada aquí desde siempre, ya que tanto las tiendas como las ganancias que generaban fueron durante mucho tiempo propiedad de la Corona. Además, hay que añadir que, por lo que cuenta Ramírez de Arellano en sus *Paseos por Córdoba*, en el Realejo moraron importantes familias cordobesas como los Hoces y las de los marqueses de Alcañices y de Santa Marta. Este último, para ampliar su mansión, compró al otro marqués un antiguo “hospital de locos” colindante –primer psiquiátrico de Córdoba–, y su ermita de la Sangre de Cristo.

Esta gran casa del siglo XVIII con vestigios del XV, conocida como de los Guzmanes por sus primeros propietarios, guarda el dudoso

honor, exhibido en una placa marmórea hasta 2011, de haber servido en la Guerra Civil de cuartel general al general Varela, a quien estuvo dedicada la calle hasta la llegada de la Transición. El palacete, Bien Protegido del Conjunto Histórico, languidece cerrado desde hace años. O más bien es una pura ruina de la que a punto estuvo de ser rescatado en 2007. Pero la crisis frustró el proyecto de una empresa catalana para construir en él un hotel de cinco estrellas, por el que el Ayuntamiento estaba dispuesto a retocar el plan urbanístico del casco antiguo.

Un año después, vecinos y comerciantes se quitaban el mal sabor de boca de aquel chasco, pues el hotel habría atraído a gente fina y adinerada que nunca llegó. Pero en octubre de 2008 sí que había algo que celebrar: el final de la reforma del tramo comprendido entre San Pablo, predecesora en el arreglo, y el arranque de Santa María de Gracia. Seis meses de obras vividos como una eternidad que acabaron por dejar un pavimento reluciente, de esos que se ponen ahora con mucho granito, sin bordillos en las aceras ni apenas distinción entre el espacio del tráfico y el de los peatones; una fórmula que luego ha continuado hacia San Lorenzo y que, como suele ocurrir en tales casos, unos detestan y a otros les encanta. “El barrio está bonito y quieren hacer de él un barrio de las artes, la pega que le pongo es que con la remodelación del tráfico se ha convertido en una ratonera, y nos han quitado dos líneas de autobuses”, dice Mari Carmen Moya, propietaria del estanco –foro de opinión y rumorología donde los haya–. Y añade optimista que si se han quedado sin hotel, crecen los apartamentos turísticos, “y debería enorgullecernos que la gente pague por venir al barrio aunque sea unos días, como que los jóvenes busquen nuestra calidad de vida”. “Yo misma, que vivía por el Zoco –concluye–, volví al cabo de los años después de reformar la casa de mis padres”.

De Almonas a Regina, itinerario de la decadencia

Las obras también llegaron a la larga calle Gutiérrez de los Ríos, que debe su nombre, aunque nadie lo sabe ni se lo pregunta, a un letrado y político del siglo XIX, de nombre Antonio, que habitó en el número 64 de entonces (la numeración fue luego sufriendo cambios). Gutiérrez de los Ríos –conocida en la baja Edad Media como de las Cámaras Altas, por las edificaciones que las incluían– quedó asfaltada

y semipeatonalizada en el mismo estilo que el Realejo, desde donde desciende hasta llegar a la Almagra. De trazado desigual, ya que alterna estrecheces con mellas y tacones debidos a planes de ensanche luego abandonados, fue arteria muy importante y vitalísima en otros tiempos, cuando era camino obligado hacia la “plaza grande”. Pero ya en los años setenta empezó su decadencia. Vio cerrar poco a poco la infinidad de tiendas de todo tipo y bares que abrían en sus dos aceras, un catálogo interminable que daría para otro capítulo del libro, solo apto para nostálgicos. Y hasta se desprendió de aquel toque picarón que le daba ese patio de Monipodio que era la Corredera a medida que el mercado central iba perdiendo fuelle y se diversificaban las zonas comerciales en la ciudad. En San Andrés se la conoce por calle Almonas (o Armonas con erre, en deformación fonética), que es el nombre guardado en la memoria histórica del callejero por las fábricas de jabón que había en época musulmana.



Tramo superior de la calle Gutiérrez de los Ríos, apellidos de un letrado y político decimonónico, aunque el pueblo la conoce por Almonas, topónimo que hace referencia a las fábricas de jabón de época musulmana. (Foto MC).

Y ahí donde la ven ahora, solitaria a pesar de que el tercer milenio le ha traído vecinos nuevos en casas rehabilitadas, tristona por más que la transiten turistas en ruta fernandina y, por mayo, multitudes a la caza de selfis en los patios que abren por allí, Gutiérrez de los Ríos fue calle tan principal que no se libró de su propia leyenda, la del duende Martín. Se asocia a una casa frente al callejón sin salida Mancera –más o menos por donde vivió en los cincuenta el compositor

Ramón Medina—, habitada en el siglo XVI por un feo espíritu doliente enamorado de la dueña, que harta de sus requerimientos cambió de barrio. Tenía la dama un hermano que tanto la malquería por asuntos de herencia, que la esperó una Nochebuena a la salida de misa en la Catedral y la mató. Y esa misma suerte corrió el fratricida. Instalado en la casa del duende en quien no creía —a pesar de que su existencia era *vox populi*—, y con la impunidad que le daba no haber sido relacionado con su crimen, apareció un día colgado de una viga. No fue suicidio sino justicia, vino a decir el duende al corregidor justificando su ajuste de cuentas antes de desaparecer entre vahos con olor a azufre.

Dejamos atrás bocacalles como Pintor Bermejo, Fernán Pérez de Oliva o la blasonada Duque de la Victoria, con un palacio ducal, reconvertido en centro de mayores, que no le evitó el topónimo más bien jocoso por el que todavía se la conoce: calle de los Huevos, por dos de avestruz que, cuenta una de las versiones que circulan, colgaban a modo de exvotos en su otra punta, ocupada en tiempos por el convento femenino de la Encarnación Agustina, asilo de “jóvenes descarriadas”. Confirma que no es broma popular lo de los Huevos un pequeño azulejo cuadrado idéntico al puesto por el Ayuntamiento bajo todos los rótulos del casco histórico actual, en un afán informativo que se agradece.

Unos metros más abajo, nace en Almonas por esa acera de los pares otra calle bastante singular, Regina o, dicho a la antigua usanza, Rehoyada de Regina, por una hondonada que había en el lugar. Es una calle solitaria como pocas, con un trazado de varios quiebros que conduce al antiguo convento de Regina Coeli. A partir de aquí, desde siempre se ha establecido el inicio del barrio de San Pedro, pero lo cierto es que toda la gran manzana que sigue está incluida en el callejero de San Andrés. Y es que se llega también por la plazuela de los Sousas, frente a Pedro López, a la plaza de Regina, con su estrellada fuente de mármol gris y su popular taberna del mismo nombre —que obsequia al vecindario cada 24 de diciembre con una gran sardinada—. Desde la plazuela de los Sousas, una cancela da acceso a la urbanización privada que en 2002 acogió en el sótano de una casa del XVI el efímero Museo de la Joyería, reconvertido desde 2008 en oficinas municipales. Los edificios, de diseño tan moderno que no encajan en este rincón de la Córdoba profunda, rodean la plaza Don Luis Vene-

gas, que fue junto a su esposa, Mencía de los Ríos, quien propició la fundación del convento de dominicas en 1499.



*El tramo final de Regina lo comparten los barrios San Andrés y San Pedro, al que propiamente pertenece el antiguo convento de aquel nombre, propiedad del Ayuntamiento, que apuesta por su recuperación.
(Foto MC).*

Un cenobio que parece gafado a lo largo de su historia, pues son cuatro los incendios que sufrió, además del azote de la peste amarilla, lo que obligó al traslado de las monjas que quedaron con vida. Propiedad del Ayuntamiento desde la exclaustración, dio cabida a un teatro de aficionados y después a una importante fábrica de paños. Hasta que, abandonado, se convirtió en la ruina que es hoy. Un estado deplorable que el municipio lleva años queriendo remediar. Pero una y otra vez se han ido frustrando los planes de rehabilitar Regina mientras, cosas de Córdoba, surgía la polémica sobre su futuro uso. El mismo alcalde actual, José María Bellido (PP), tras reconocer que fue “un proyecto maldito”, anunció que volvía a rescatarse en firme la restauración de la nave de la iglesia conventual y el claustro gracias al millón de euros de financiación aprobado por la Junta de Gobierno Local. Ojalá no quede todo en buenas intenciones.

Nueva vida para la plaza Juan Bernier

Durante muchos siglos Regina debió de ser un lugar santificado, porque nada menos que dos monasterios jalonaban esta calle angulosa, uno en cada acera. Del ya mencionado de la Encarnación Agustina no queda ni la carcasa, aunque sí su recuerdo en el rótulo de la vía que desde la plaza llega al cruce con Duque de la Victoria y, por la derecha,

con los callejones de Santa Inés (ya en la Magdalena). En el solar del desaparecido monasterio agustino, luego compartido por la primera Escuela de Veterinaria y la Guardia Civil, se levanta un colegio público de educación especial. Subiendo la suave cuesta de la siguiente calle, Diego Méndez –mucho más angosta y linajuda que la que deja atrás–, regresamos, tras un breve tramo de la calle Muñices, al Realejo. A mano derecha, con la acera tomada por mesas y sillas de bar desde que el covid nos sacó de sitios cerrados, el Realejo acaba en la bifurcación de calles separadas por una farmacia: la empedrada Abéjar y Santa María de Gracia. Esta, compartida con el barrio de San Lorenzo, es ruta obligada, como el Realejo y San Pablo, desde la zona de Levante al centro. Y aunque tiene menos actividad comercial que las otras dos, se asemeja a ellas en la locura del tráfico rodado y en ese alegre orgullo de saberse camino imprescindible de gentes y tradiciones populares: carnaval, procesiones de Semana Santa, romería de Linares...



Vista actual de la plaza dedicada a Juan Bernier, en el solar del desaparecido convento de Santa María de Gracia. Abajo, el poeta en su plaza creada en 1989, el mismo año de su muerte. (Fotos MC y Ladis).



Pero además Santa María de Gracia disfruta del privilegio, tan escaso en el barrio como se ha visto, de ofrecer al paseante un espacio ajardinado, la plaza dedicada al poeta Juan Bernier. En 1989, el gran humanista y poeta de Cántico –ya tan enfermo que murió ese mismo

año—, asistió a su inauguración y, aunque guardó prudente silencio, no le gustó nada el sitio que la ciudad le dedicaba para testimoniarle su admiración. La cara de póker que puso fue su forma de expresar la decepción ante los periodistas que cubríamos el acto. Y es que la plaza, levantada sobre el solar que desde el siglo XV ocupaba el convento de dominicas que da nombre a la calle, no podía ser más fea. Suelo de granito cuadrado, muchos tejadillos de uralita o algo parecido y una lastimosa promesa de naranjos embutidos en armazón metálico. Únicamente la portada de la iglesia, que algún espíritu sensible decidió conservar cuando en 1974 se derribó el monasterio sin que apenas se alzaran voces en contra, ponía un toque de calidez al paraje desolado. Por suerte la cosa cambió, y la plaza —a la que se asoman la cúpula y las torres gemelas de la iglesia del Juramento, como si San Rafael hubiera querido echarle un cable— no tiene ya nada que ver con la que desilusionó al poeta. Pronto desaparecieron aquellas cubiertas que no servían para nada, los míseros esquejes son ya árboles frondosos, y desde julio de 2022 se ofrece una artística novedad: el grupo escultórico en bronce de José Manuel Belmonte, tercero con su firma que reparte el Ayuntamiento por la ciudad en homenaje a los patios; con la abuela, la nieta, el pozo y una silla libre para facilitar la foto sedente a quien quiera llevarse el recuerdo a casa. Un simpático detalle que humaniza la entrada/salida al barrio de San Andrés-San Pablo. Juan Bernier hubiera sonreído al verlo.

Bibliografía y hemeroteca consultadas

- ESCOBAR CAMACHO, José Manuel: “Breve historia, origen y evolución del callejero cordobés”, en *El callejero cordobés, reflejo de nuestra historia. (1. Miradas transversales sobre la toponimia)*. Real Academia de Córdoba, colección Teodomiro Ramírez de Arellano X. Córdoba, 2021.

- LEÑA, Isabel: “De Orive a Capitulares”, diario *Córdoba*, 05/08/2021.

- LÓPEZ ALEJANDRE, Manuel María: *De tabernas por Córdoba*. Editorial Vistalegre, Córdoba, 1997.

- LUQUE REYES, Rosa: “Todo lo que la joyería ha ido ganando en mecanización lo fue perdiendo en arte”, entrevista a Rafael Martínez González del Campo en diario *Córdoba*, dentro de la serie ‘La memoria viva de Córdoba’, 13/04/2014.

- MÁRQUEZ CRUZ, Francisco Solano: *Rincones de Córdoba con encanto*. Edición de diario *Córdoba*, Córdoba, 2003.

— — “El verde pulmón de Orive”, diario *Córdoba* (sección ‘Córdoba de mi querer’), 18/04/2013.

- MOLINA, Ricardo: *Córdoba en sus plazas*. Servicio de Publicaciones del Ayuntamiento, Córdoba, 1962.
- MUÑIZ, Teresa: “La Roma monumental y los cines de verano”, capítulo 20 de la serie ‘Los barrios de Córdoba’, diario *Córdoba*, 29/07/2018.
- ORTIZ JUÁREZ, José María: *Córdoba en unas notas*. Publicaciones del Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba (Cajasur), Córdoba, 1987.
- PRIMO JURADO, Juan José: *Paseando por Córdoba*. Almuzara, 3ª ed., Córdoba, 2022.
- RAMÍREZ DE ARELLANO Y GUTIÉRREZ, Teodomiro: *Paseos por Córdoba*. Córdoba, Librería Luque y Editorial Everest. 6ª ed., León, 1985.
- ROLDÁN, Mariano: “Elogio de la taberna cordobesa”, revista *Tendillas* 7, 14/03/1981, recogido en el libro *Nuestras tabernas*, de varios autores y coordinación de Francisco Solano Márquez en edición conjunta de Diputación y Caja Provincial de Ahorros. Córdoba, 1987.
- RUIZ, Rafael: “Las casas palaciegas de la Axerquía de Córdoba entran en el foco de interés del turismo cultural”, en la edición cordobesa del diario *Abc*, 22/05/2022.
- – “Manzana de San Pablo, 30 años de cambios en el Casco Histórico de Córdoba”, diario *Abc Córdoba*, 22/06/2022.
- VV.AA.: *Córdoba Capital*, volumen 2 (Arte). Caja Provincial de Ahorros de Córdoba, Córdoba, 1993. Se trata de una colección de cuatro libros enciclopédicos distribuidos en fascículos por el diario *Córdoba*.
- VV.AA.: *Córdoba, patrimonio de la humanidad*. Diario *Córdoba*, Córdoba, 2002.
- WIKIPEDIA: Palacio de los Villalones.

ANEXO

Breve explicación de los topónimos del barrio San Andrés-San Pablo

por Francisco Román Morales

Abéjar (compartida con La Magdalena y San Lorenzo). Este topónimo se debe a la existencia, documentada desde el siglo XV, de una industria dedicada a la apicultura.

Alfaros. A mediados del siglo XIX recibió este nombre para honrar a varios cordobeses de apellido Alfaro, que dieron honor a la ciudad. Tiene origen bajomedieval (siglos XIII-XV) y supuso la urbanización de un vacío en la zona de la Ajerquía.

Arroyo de San Andrés. El origen del nombre de esta calle se encuentra en la corriente de agua que, originada en el subsuelo de la Puerta del Colodro, recorre esta zona de la ciudad en dirección hacia el Guadalquivir.

Beatas, calleja de las. El topónimo, en opinión de don Teodomiro, derivaría de un beaterio que hubo en una calleja barrera allí ubicada.

Beatillas, plaza de las. Este recoleto enclave debe su nombre a un beaterio que existió allí desde el siglo XV.

Buen Suceso. En la esquina de la calle Ocaña existió una pequeña ermita, denominada de Nuestra Señora del Buen Suceso, que dio el nombre a la calle.

Caballos, plazuela de los. El nombre deriva de la existencia, ya en el siglo XV, de unas cuadras de caballos de alquiler.

Capataces Sáez, jardín. Los Sáez forman una dinastía de capataces de pasos de Semana Santa. Su fundador fue Antonio Sáez Pozuelo *el Tarta*, que se inicia influido por su padre, Rafael Sáez Sánchez y por Manuel Gallegos Pérez, su futuro suegro. Tras Antonio llegaron sus tres hijos Manuel, Antonio y Rafael Sáez Gallegos, así como el nieto de este último, David.

Capitulares (compartida con La Compañía). En el siglo XVI, Felipe II, mandó edificar el Ayuntamiento, que será sustituido por el edificio actual, inaugurado el 28 de febrero de 1985, siendo este el origen del topónimo.

Cidros. En *Paseos por Córdoba* se cuenta que esta calle se llama de los Cidros porque había quien pensaba que allí habían existido algunos de estos árboles, variedad del limonero, aunque, en opinión de su autor, Cidros era un apellido antiguo.

Conde de Arenales. Afirma don Teodomiro que desde el siglo XV se llamó a este ramal plazuela de Hinojares, porque en ella estuvo enclavado el palacio del Marqués de tal título, que recayó con posterioridad en el Conde de Arenales, razón por la cual habría cambiado la denominación de la calle.

Diego Méndez. Diego Méndez habría sido un morador de la casa solariega de los Góngoras, allí ubicada.

Don Luis Venegas, plaza. El nombre recuerda a Luis Venegas, que estuvo casado con Mencía de los Ríos, fundadora del convento de Regina en 1499.

Duque de la Victoria. Joaquín Baldomero Fernández-Espartero Álvarez de Toro [Granátula de Calatrava (Ciudad Real), 1793-Logroño, 1879]. Duque de la Victoria y Príncipe de Vergara. Militar que defendió brillantemente la causa isabelina durante la primera guerra carlista.

Encarnación Agustina. Esta calle toma el nombre de un convento de monjas fundado por Juan Sánchez, discípulo de san Juan de Ávila, en cuyo solar hoy se levanta el colegio de educación especial Virgen de la Esperanza. Tras la exclaustación el edificio fue destinado a Escuela de Veterinaria, cuartel de la Guardia Civil y cuartel.

Enrique Redel. Enrique Redel y Aguilar (Córdoba, 1872-1909). Estudió el primer curso de latín en el Seminario conciliar de San Pelagio, pasando a continuación a la Escuela Provincial de Bellas Artes. Académico de número de la Real Academia

de Ciencias, Bellas Letras, Nobles Artes de Córdoba y correspondiente de varias academias foráneas.

Especieros. Esta calle recibe su nombre porque en ella se concentraban la mayor parte de los vendedores de especias que había en la ciudad.

Fernán Pérez de Oliva.—(Córdoba, 1494-1531). Catedrático y rector de Salamanca (1524). Es el primer prosista importante del siglo XVI. Enriqueció la lengua española con felices adaptaciones de voces y giros latinos.

Francisco del Rosal. Médico y lexicógrafo, nació en Córdoba hacia 1560. Fue una de las figuras más importantes de nuestra lingüística. Autor del *Diccionario Etimológico*, el primero de los diccionarios monolingües del español.

Fuenseca, plaza de la. El nombre de este enclave tan castizo obedece al hecho de que el agua de la fuente que preside la plazuela nacía de un pozo de la antigua huerta del convento de las Dueñas, pero la escasez de pendiente hacía que ésta estuviera más tiempo seca que manando agua.

Gutiérrez de los Ríos (compartida con San Pedro). Antonio Gutiérrez de los Ríos Díaz de Morales (Córdoba, 1815-1873) fue un abogado, magistrado del Tribunal Supremo y político español, perteneciente a la familia de los Duques de Fernán Núñez.

Hermanos López Diéguez. José y Rafael López Diéguez fueron dos ilustres cordobeses, con cuyos legados el Ayuntamiento pudo construir las famosas Escuelas de San Andrés, como popularmente fue conocido el actual Colegio Público López Diéguez.

Hinojo. Conocida como calle del Finojo desde siglo XV, nos hace suponer que su nombre se deba a la abundancia de estas plantas aromáticas, muy apreciadas en gastronomía.

Huerto de San Pablo. El nombre de esta calle que comunica con el antiguo huerto del convento de San Pablo, hoy convertido en jardín, proviene del hecho de que, efectivamente, en su frente se encontraba la puerta del citado huerto.

Isaac Peral. La popular calle del Lodo, en la actualidad recuerda al insigne marino e ingeniero Isaac Peral Caballero (Cartagena, 1851-Berlín, 1895), inventor del primer submarino.

Jesús Nazareno (compartida con San Lorenzo). Toma el nombre del hospital y de las congregaciones del mismo nombre fundadas por el padre Cristóbal de Santa Catalina en 1673.

Juan Rufo. Juan Rufo y Gutiérrez (Córdoba, 1547-1620). Poeta. Jurado de la ciudad y autor de dos célebres obras literarias: *La Austríada*, compuesta en honor de Don Juan de Austria por su triunfo en Lepanto, y *Las seiscientas apotegmas*, así como otra obra en verso.

Mancera. Cuenta la tradición que el nombre de esta calle recuerda a un vecino de la misma, apodado Mancera o Mansera, porque se le habría pegado una mano a la mancera de su arado, al desdeñar a la Virgen de la Fuensanta en el día de su festividad. Dándose cuenta de su falta, corrió al santuario, donde la Virgen le soltó la mano.

Manchado. El topónimo de esta calle alude a unos labrantines o labradores de escasos recursos, de apellido Manchado, que vivieron en la misma.

Muñoz Capilla. Fray José de Jesús Muñoz Capilla, (Córdoba, 1771-1840). Botánico y predicador. Fue prior del convento de San Agustín, vocal de la Junta Superior Central de 1812 y de la de Salvación en 1820. Director del Hospicio y del Hospital de la Misericordia.

Ocaña. El topónimo de esta calle alude a una familia que vivió en ella en el siglo XVIII.

Orive, plaza de. Debe su nombre a la familia de Alonso de Orive y Villalón, Caballero de Alcántara, que vivió en la casa que ocupa el frente de la plazuela y que la tradición conoce como la “Casa Encantada”, por la leyenda del corregidor Carlos Ucel y Guimbarde y su hija Blanca.

Padre Cristóbal, plaza. Cristóbal López de Valladolid, Padre Cristóbal de Santa Catalina, [Mérida (Badajoz), 1638-Córdoba, 1692]. En 1671 funda la Orden Tercera de Ermitaños de El Bañuelo, y dos años más tarde el hospital de Jesús Nazareno y la Congregación Hospitalaria de igual advocación.

Parras. En opinión de Ramírez de Arellano, esta calle debería denominarse “de los Parras”, apellido de algún vecino que debió habitar en la misma, y no “de las Parras”, como era conocida, ya que en este caso indicaría la presencia de estas plantas trepadoras, cosa que no parecía lógica al autor de los *Paseos*.

Pedro Fernández. Debió ser un antiguo vecino de esta calle, según cuenta Ramírez de Arellano, aunque sin precisar la época.

Pedro López (compartida con San Pedro). Pedro López Morales [Aguilar del Río Alhama (La Rioja), 1814-Córdoba, 1890]. Fue el primer banquero de Córdoba, fundador y propietario de la Banca Pedro López (1867). Ocupó el cargo de representante depositario de la Compañía Arrendataria de Tabacos. Destacó por ser el constructor y propietario del Gran Teatro.

Pintor Bermejo. Bartolomé de Cárdenas, más conocido como Bartolomé Bermejo (Córdoba, hacia 1440-Barcelona, hacia 1501). Parece que sobre 1464 tenía su taller en la plaza de la Corredera, aunque pronto se marcha a Valencia. Entre los discípulos que se le atribuyen figura Pedro de Córdoba.

Pleitineros. Esta calle tomó el nombre de unos pleitineros o fabricantes de pleitas –tiras de esparto trenzado que cosidas con otras sirven para hacer esteras, sombreros, petacas y otras cosas– que vivieron en ella.

Poeta Juan Bernier, plaza. Juan Bernier Luque [La Carlota (Córdoba), 1911-Córdoba, 1989]. Poeta, académico y estudioso de la arqueología. Miembro del Grupo Cántico y hombre polifacético. Entre sus libros de poemas cabe citar los titulados *Aquí en la tierra* (1948), *Una voz cualquiera* (1959), *Poesía en seis tiempos* (1977) y *Los muertos* (1986). Y en prosa, *Córdoba, tierra nuestra* y sus *Memorias*.

Realejo, calle y plaza. El nombre de Realejo ya aparece documentado en el siglo XIV. Como pone de manifiesto el profesor Escobar Camacho, el topónimo recuerda el asentamiento de tropas reales durante la segunda fase de la conquista de la ciudad, concretamente para poder controlar la Puerta de Hierro.

Regina, calle y plaza. Esta calle y plaza toman el nombre del antiguo convento del mismo título, fundado en 1499 por Mencía de los Ríos. Tras la desamortización de Mendizábal el convento fue transformado en fábrica de paños y, posteriormente, en casa de vecinos.

Rejas de Don Gome (compartida con Santa Marina). Esta calle recibe el nombre de las tres rejas bajas que permiten ver uno de los patios del Palacio de Viana, situadas frente al ensanche de la calle Muñoz Capilla. El investigador Juan Galán considera que el nombre debiera ser de “Don Gómez”, pues el primer marqués de Villaseca fue Don Gómez Fernández de Córdoba.

San Andrés, plaza. Centro de la collación que lleva el nombre del apóstol San Andrés. La iglesia forma parte del conjunto de templos fernandinos, aunque la tradición sitúa en su solar la antigua basílica visigoda de San Zoilo.

San Pablo. Esta calle lleva el nombre del contiguo convento, fundado en 1236 por Fernando III para los dominicos en el lugar que, según la tradición, se levantó el antiguo anfiteatro romano, donde habrían perecido muchos de los mártires cordobeses. Estudios recientes ubican en este lugar el circo donde se celebraban carreras de cuadrigas, pues el anfiteatro se encontraba en los terrenos del actual Rectorado de la Universidad.

Santa María de Gracia (compartida con San Lorenzo). La calle recibe su nombre por el convento de dicha advocación, fundado en 1475 por el alcalde mayor y veinticuatro de Córdoba Pedro Ruiz de Cárdenas, en cuyo solar hoy se extiende la plaza de Juan Bernier. Fue demolido en 1974.

Santa Marta. Esta calle toma el nombre del convento de dicha advocación, de la orden de San Jerónimo, fundado en 1459 por Catalina López de Morales.

Sousas, plazuela. Recibe el nombre de los Sousas por haber radicado en ella la casa principal de esta ilustre familia, a la que perteneció el venerable fray Simón de Sousa, mercedario al que se apareció San Rafael en 1278.

Torre de San Andrés. Originariamente fue una calleja sin salida, que arranca a los pies de la torre de la iglesia de San Andrés, que le da nombre. En la década de los ochenta se puso en comunicación con la calle Gutiérrez de los Ríos.

Villalones. Juan García Villalón fue un trapero y vecino de San Andrés. Su hijo Juan de Villalón dejó en testamento unas casas-tienda en 1529, de las que se encontró evidencia arqueológica en el subsuelo del patio principal.

Yerbabuena, calleja. Por acuerdo plenario de 4 de diciembre de 1986, la prolongación de la calle Buen Suceso recibió el nombre de esta hierba aromática relacionada con la nomenclatura de otras calles colindantes.

Este callejeo por el casco histórico se concibe como una serie de paseos descriptivos por los barrios tradicionales que surgieron a partir de la conquista cristiana en torno a las parroquias fernandinas; un periodismo de inmersión en los barrios que conjuga descripciones, evocaciones históricas, referencias artísticas y testimonios de variada índole, con la aspiración final de ofrecer unos textos divulgativos e ilustrados al alcance de todo tipo de lectores. Los trabajos originales fueron expuestos por los autores –periodistas vinculados a los tres diarios cordobeses 'de papel', académicos en su mayoría– a lo largo de un ciclo celebrado en noviembre de 2023 y ahora recopilados en estas páginas que pretenden salvarlos de su fugacidad. La inclusión en la colección que la Real Academia de Córdoba dedica a Teodomiro Ramírez de Arellano coincide con el 150 aniversario de la publicación escalonada de los *Paseos por Córdoba*, una obra popular y de referencia, y por tanto pretenden rendir homenaje a tan preclaro cronista.

Entre las singularidades que el Presidente de la RAC, Bartolomé Valle, aprecia en la presentación de esta obra, la primera es la conceptualización de los barrios de hoy, pues "con independencia de su delimitación administrativa actual, los barrios del casco histórico de Córdoba son un balcón a la Edad Media, un reflejo de las collaciones y que cuando los mencionamos, en realidad, aludimos a la parroquia matriz en torno a la cual se integra el callejero y aglutina la feligresía. En realidad se trata de parroquias con barrio que integran la paradoja aparente de un vecindario cristiano que habita sobre un parcelario de morfología musulmana".

